

# Capítulo 1

La pesadilla se apoderaba de ella como si fuera una toxina de acción lenta; la paralizaba cuando se introducía subrepticamente en los pliegues más oscuros de sus recuerdos. No había cómo escapar al final devastador, ni cómo apartar la mirada del horror.

No soportaba verlos. Ni sus cuerpos descoyuntados ni sus miradas vacías. No soportaba la visión de la sangre color carmesí que no paraba de brotar por debajo mientras sus vidas se desvanecían.

Con un gemido ronco, Morgan se obligó a despertar y se sentó bruscamente sobre la cama. Tenía los músculos agarrotados. Se apoyó con fuerza en la cabecera de roble macizo y dejó que la madera le refrescara la piel sudorosa. El corazón le golpeaba contra el pecho y su respiración era rápida y vacía.

Aquella era una de las terribles.

Cerró los ojos con fuerza y se concentró en los ruidos apagados de Manhattan antes del amanecer. El *tum-tum* intermitente de los coches que transitaban por calles llenas de baches. Una sirena en la distancia. El zumbido justo al exterior de la ventana de su casa, veinticuatro horas al día, los siete días de la semana. Aquello la conectaba a la vida, al consuelo de lo real y lo familiar. Se empapó de ello, procurando sepultar las imágenes de su pesadilla antes de que las imágenes la tragaran a ella.

Era un ejercicio inútil. Puede que las pesadillas fueran esporá-

dicas, pero los vívidos recuerdos habían quedado grabados en su cabeza hacía diecisiete años.

Echó a un lado las mantas y alzó las piernas por un lado de la cama. Tenía la camisa de dormir húmeda y pegada al cuerpo, y el pelo mojado se le había pegado a la nuca. Se lo recogió, hizo girar los largos bucles que le llegaban a los hombros y se lo fijó como un moño en lo alto con una horquilla que guardaba en su mesita de noche. Sopló una racha de aire frío, y ella tuvo un estremecimiento.

Había intuido el episodio de esa noche. Era la época del año. Las pesadillas siempre llegaban, rápidas, furiosas, en aquellos días de fiestas. Sin embargo, era ella quien tenía la maldita culpa de haber exacerbado la situación.

Miró el reloj despertador en su mesita de noche. Las 05:10. No tenía sentido intentar volver a dormirse. Tampoco se dormiría con sólo proponérselo, y el esfuerzo no merecía la pena. Faltaban sólo cincuenta minutos para que sonara la alarma del reloj.

Se puso una bata y salió dando pequeños pasos hacia el pasillo, apenas iluminado, hasta llegar a la habitación vacía. Los contenidos de la caja que había estado revisando estaban sobre el escabel donde los había dejado, los objetos por un lado, las fotos por otro, y los diarios de trabajo que había descubierto hacía poco tiempo, apartados a un lado.

Todavía obsesionada por su sueño, encendió la luz y fue directamente hacia las fotos. Se arrodilló junto al escabel para quitar de encima un estrato del tiempo.

La foto al comienzo del montón era la más significativa y la que más daño hacía. Era la última foto de los tres juntos. Morgan se la quedó mirando con semblante triste. Su madre, bella y elegante. Su padre, un hombre intenso y dinámico, con un brazo protector sobre el hombro de su mujer, la otra mano sobre el hombro de la niña pequeña y delgada, una niña que había heredado los enormes ojos verdes y los rasgos finos de su madre y la expresión aguda y penetrante del padre.

Giró la foto. La letra en la parte baja era de su madre. Había escrito: *Jack, Lara y Morgan, 16 de noviembre, 1989.*

Había escrito esas palabras un mes antes de los asesinatos.

Morgan tragó saliva, dejó la foto y siguió mirando las demás. Su madre en la universidad, posando con su compañera de habitación y mejor amiga, Elyse Shore, en aquel entonces Elyse Kellerman. La graduación de la Facultad de Derecho de su padre, su padre y su madre delante de la fachada de la Universidad de Columbia, enseñando el diploma de Jack. El día de la boda. El día de su nacimiento. Fotos de familia de ocasiones felices, desde su primer cumpleaños; hasta los veranos en la playa con los Shore: Elyse, Arthur y Jill. Al final, las fotos que Elyse había revelado para ella meses después del funeral, fotos tomadas en el lujoso *penthouse* de Daniel y Rita Kellerman en Park Avenue, la noche de Navidad. Sus padres habían venido invitados a la fiesta de Navidad de los padres de Elyse en honor a Arthur y a todos los que habían contribuido generosamente a su campaña electoral.

Eran las últimas fotos de Lara y Jack Winter vivos. Las que seguían eran fotos tomadas en un sótano de Brooklyn, más tarde esa noche, por los forenses en la escena del crimen.

Morgan se estremeció ligeramente, dejó el montón de fotos, se incorporó y se ajustó el cinturón de la bata. Basta, se dijo. Estaba permitiendo que ese cúmulo de emociones volviera a engullirla. Su salud mental no lo soportaría. El doctor Bloom le había prevenido precisamente acerca de eso.

Era el momento de hacerle caso. Volverse activa. Centrarse en el presente.

Empezaría el día temprano. Preparar café, ducharse y vestirse. Y luego bajaría e iría al despacho. Tenía un montón de llamadas que hacer con la esperanza de encontrar a sus clientes antes de que salieran al trabajo, y una montaña de papeles que revisar. A las ocho y media tendría que acudir a su terapia, lo cual le iba bien porque la consulta del doctor Bloom quedaba a sólo una manzana del Hotel Waldorf Astoria, donde tenía una entrevista con un nuevo cliente a las once en punto. Después, tendría que volver al despacho para asistir a una reunión de seguimiento con Charlie Denton, un tipo atractivo, cuarenta y cuatro años, casado con su trabajo en la Oficina del Fiscal del Distrito, de Manhattan. Con

criterios muy específicos y una vida desquiciadamente ajetreada, Denton todavía buscaba a la señora Ideal. Y el trabajo de Morgan era encontrarla.

Apagó la luz y salió de la habitación, y de su pasado, que quedó desparramado sobre el escabel a sus espaldas.

El trato estaba sellado.

A nadie de la Oficina del Fiscal del Distrito le parecía bien. Otro cabronazo que delataba a un compañero preso para salvar su propio pellejo. Otro caso en que el imperio de la ley convergía con la idea de Darwin sobre la supervivencia de los más fuertes.

Tener que tratar con guante blanco a ese miserable traficante de drogas, Kirk Lando, era un amargo consuelo. Pero no tenían alternativa. A cambio de un recorte de su pena, Lando les había entregado al asesino de un policía. El Departamento de Policía de Nueva York estaba satisfecho. Nate Schiller pagaría por haberse cargado a uno de los suyos.

A Schiller probablemente le cortarían el cuello cuando en Sing Sing se supiera por qué había mentido acerca del asesinato del sargento Goddfrey. Normalmente, matar a un poli lo habría convertido en un héroe. Esta vez, no. Schiller se había jodido, y de muy mala manera. Cuando había encontrado a Godfrey en Harlem y se lo había cargado, también se había cargado al hombre que Goddfrey protegía por aquel entonces, pensando que así eliminaba al único testigo de su crimen.

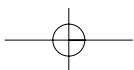
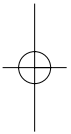
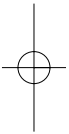
Error. Ese hombre era el conocido jefe de una banda mafiosa, y se llamaba Pablo Hernández. Una vez que sus hombres en Sing Sing se enteraran de esa noticia, Schiller ya podía ir despidiéndose de su culo.

Toda esa negociación era una mierda, y por razones más graves que la indulgencia para con Lando o la venganza de los presos con Schiller. La historia de Lando era verdad. La habían confirmado unos cuantos adolescentes del barrio, ahora adultos, que vieron al asesino de Goddfrey huyendo de la escena del crimen. Al comien-

zo, dieron una descripción. Después, todos señalaron a Schiller en una rueda de reconocimiento. De modo que no había duda de que Schiller había matado a Goddfrey y a Hernández. Lo cual demostraba que no podía haber cometido el doble homicidio en Brooklyn, por el que había sido condenado, como parte de aquella serie de asesinatos.

Las consecuencias se harían sentir, y mucho. La hija. El congresista. El personal de la Oficina del Fiscal del Distrito de Manhattan.

Y un poli jubilado y muy, pero que muy mosqueado.



---

## Capítulo 2

---

Pete Montgomery hizo virar bruscamente el coche en la entrada y lanzó una dura mirada hacia la casa semiadosada que le servía de despacho como si se tratara del enemigo en persona. Estaba de un humor de perros. Había salido del condado de Dutchess a las ocho y cuarenta y cinco para evitar los atascos. Aún así, había tardado tres horas en llegar a Little Neck. Debería haber tardado la mitad. Pero había empezado a nevar, sólo un polvillo que no debía pasar de los cuatro o cinco centímetros, pero suficiente para convertir a los conductores en unos seres vacilantes y muertos de miedo que conducían con la nariz pegada a la ventanilla y se arrastraban a velocidad de caracol.

Bajó rápidamente de su Toyota Corolla marrón deslavado del año 96, un coche que marcaba más de ciento sesenta mil kilómetros recorridos y que había sido desmontado y vuelto a montar más veces que Humpty Dumpty. Aún así, Monty —como todo el mundo lo llamaba— insistía en que a su coche todavía le quedaban unos buenos diez años de vida. Además, era el coche perfecto para un investigador privado, un coche normal y corriente y modesto, el tipo de vehículo que podría pasar desapercibido en cualquier sitio.

Su teléfono estaba sonando cuando abrió la puerta de su despacho, y él dio un par de zancadas hasta la mesa y respondió.

—Montgomery.

—Hola, Monty. —Era Rich Gabelli, un viejo colega de la Comisaría Setenta y Cinco de Brooklyn. Habían trabajado juntos doce años, hasta la jubilación de Monty a los cincuenta años. Gabelli era más joven (y más tolerante), así que para él la jubilación todavía era una cuestión lejana.

—Hola, Rich, ¿qué hay? —Monty ya había empezado a revisar sus carpetas y a ordenar los casos según su prioridad.

—¿Qué pasa? ¿Ahora sólo trabajas media jornada? Te he llamado tres veces a tu móvil y no respondías. Supongo que eso de estar recién casado te consume mucho tiempo. Además de mucha energía.

Monty gruñó. Desde que había vuelto a casarse con su ex mujer, hacía seis meses, era objeto de los incesantes comentarios sarcásticos de sus amigos.

—No estaba en casa con Sally. Estaba en la autopista para cruzar a la isla, maldiciendo a los demás conductores. Además, vi tu número en la pantalla, pero no le hice caso. Ya es hora de que tengas tu propia vida sexual y dejes de vivir vicariamente la mía.

—Eso es fácil de decir para ti —replicó Gabelli—. Sally todavía es una muñeca. ¿Le has echado una buena mirada a Rose últimamente? Se ha puesto casi diez kilos encima.

—Y tú quince. Esas tripas tuyas necesitan una mesa propia. Así que ya puedes agradecer que Rose no te haya dejado. Dime qué quieres, tengo mucho trabajo.

—He llamado para ponerte al corriente. —En la voz de Gabelli había un tono grave que Monty percibió enseguida.

—¿Acerca de qué?

Gabelli respiró hondo.

—El fiscal del distrito ha llegado a un acuerdo con Lando. Lando les ha dado el nombre del asesino de Goddfrey.

—Me parece bien. Lando no vale ni una mierda, pero el asesino de Goddfrey merece pudrirse en la cárcel.

—Opino lo mismo que tú. Pero hay más.

—Te escucho.

—El tipo que mató a Goddfrey... fue Nate Schiller.

—Nate Schi... Mierda —masculló Monty—. ¿Estás seguro?



—Sí. Schiller se daba aires en Sing Sing diciendo que había matado a un poli. Cometió el error de decir que era Goddfrey. Lo cual significaba que también había matado a Hernández, y supo demasiado tarde quién era éste. Hay pruebas que lo confirman, así que por eso confesó haber matado a Jack y Lara Winter. Matar a un ayudante del fiscal del distrito implicaba un trato de mierda en Sing Sing, pero matar al jefe de una banda significaba que lo iban a cortar a trocitos. Y ya que a Goddfrey lo mataron la noche de Navidad en Harlem, más o menos a la misma hora en que los Winter eran asesinados en Brooklyn, Schiller no podría haberlos matado.

—Hijo de puta —dijo Monty, y dio un carpetazo en la mesa.

—Al final, tenías razón.

—No habría querido tenerla. Y sigo sin querer. Pero no mentiré si digo que no me sorprende. El doble asesinato de los Winter no se parecía en nada al que cometió Schiller. El primero parecía una historia demasiado personal. ¿Y qué me dices de la Walther PPK? No era precisamente el estilo de Schiller.

—Ya sabes que se lo pasaba en grande dejándonos pistas falsas. En cualquier caso, el fiscal del distrito de Manhattan procurará reabrir el caso Winter.

—Qué sorpresa. Jack Winter era todo un orgullo para ellos. Ahora querrán clavar a su asesino. El problema es que el juego se detuvo cuando Schiller se confesó culpable. Ahora han pasado diecisiete años. Por mucho ruido que arme la oficina del fiscal del Distrito, ¿quién se va a asustar? Sin pistas, sin testigos y una magra lista de sospechosos potenciales, la mayoría de los cuales han muerto o han desaparecido quién sabe dónde, más les vale aprender a sacar conejos de la chistera. Dudo que se pueda encontrar un caso igual de frío.

—Tienes razón. Ya hemos buscado el expediente. No hay nada. Pero el capitán quiere que cumplamos con el protocolo.

—Claro que sí —convino Monty, seco—. Él tiene que salvar el culo. Joder, qué contento debe estar de que me haya jubilado. Sabe que de estar todavía en el cuerpo habría armado mucho jaleo por esta historia.— De pronto, Monty hizo una pausa, y cuando volvió

a hablar, su voz era más ronca, más grave—. ¿Y qué hay de la hija... Morgan? ¿Ya se lo han dicho?

—Por eso te llamo. Todo este asunto acaba de saberse. Los de la Oficina del Fiscal del Distrito están acojonados. No les hace ninguna gracia pensar en las consecuencias. Pero no pueden arriesgarse a que se sepa por una filtración. Así que se lo van a decir hoy. —Siguió una breve pausa—. En cuanto en la comisaría acabemos de poner los puntos sobre las íes para darles el visto bueno. Lo cual estoy haciendo mientras hablamos.

Monty captó el mensaje.

—Eso me da tiempo para hablar antes con ella.

—De acuerdo. Si eso es lo que quieres hacer.

—Es lo que quiero —dijo Monty, y guardó silencio. Se imaginó a aquella niña de mirada vacía que se había convertido en adulto en un abrir y cerrar de ojos, como si fuera ayer. Sintió una punzada en el vientre cuando recordó la escena de la que había sido testigo.

La mayoría de los casos no le afectaba. Éste sí le había afectado. Y todavía le afectaba.

—La pobre chica estaba muy mal —murmuró Gabelli—. Tú fuiste el único que pudo comunicarse con ella.

—Sí, claro, yo también estaba pasando por un mal momento. Por eso conectamos.

—Lo recuerdo —dijo Gabelli, y carraspeó. Amigos o no, todavía había temas que prefería no tocar. Esos altibajos en la vida de Monty era uno de aquellos temas—. Será mejor que te muevas rápido. Yo sólo puedo retener el proceso por un tiempo limitado. Y no tengo por qué decirte que yo no te he transmitido esta noticia. El capitán se serviría mi culo en bandeja.

—Ningún problema. No hemos hablado —asintió Monty con un gruñido—. Pero, entre nosotros, le hago un favor al capitán sirviendo de intermediario. Puede que incluso consiga minimizar los daños.

—Con el congresista Shore, querrás decir.

—Joder, ya lo creo. Te aseguro que montará un cisco. Cuando se falló sobre los asesinatos, el único al que no amenazó con una demanda fue a mí.

—Quería respuestas concretas. No se lo reprocho. Él y su mujer acababan de perder a sus mejores amigos y, además, les habían otorgado la custodia de la hija.

—¿Reprochárselo? El tipo estaba más controlado de lo que yo mismo hubiera estado en esas circunstancias. Ver a esa pobre niña, imaginarse lo que estaba viviendo, madre mía, yo habría recurrido a algo más que amenazas para que me dieran respuestas. —Monty apartó el montón de papeles sobre la mesa y cogió una libreta y un boli—. Dame la dirección de Morgan Winter. Quiero hablar con ella antes que nadie, y eso incluye a la prensa. Seguro que la noticia la dejará tan atontada que lo último que queremos es que los reporteros le tiendan una emboscada.

Se oyó un revoloteo de papeles.

—Vive en aquella casa de ladrillo que sus padres le dejaron arriba, en el East Side. Tiene un negocio, una especie de agencia de parejas de altos vuelos —dijo Gabelli, y le dio la dirección a Monty.

—Muchas gracias, Rich. Dame una hora. Y luego, suelta los perros. —Monty dejó escapar un bufido—. Espero que Morgan Winter sepa lidiar con esto.

—Ya no es una niña, Monty. Ahora es toda una mujer. Sabrá cómo tomárselo.

—¿Eso crees? Yo no estoy tan seguro. No sólo perdió a sus padres esa noche. Fue ella la que los encontró, ahí muertos, asesinados. La pobre niña quedó traumatizada. Lo único que le permitió no perder la cordura fue saber que habían atrapado al asesino, que lo habían encerrado de por vida y negado la libertad condicional. Ahora tendré que decirle que ese hombre no era el asesino.

Era la una de la tarde y a Morgan le rugían las tripas cuando volvió a su casa. No había probado bocado en todo el día. En realidad, no había tenido ni un respiro desde el momento en que había abierto las puertas de Winshore LLC, a las ocho de la mañana. La actividad de su agencia de parejas de alto *standing* iba viento en popa. Los teléfonos no paraban de sonar cuando se despidió de Beth Haynes, la

última empleada contratada, y se dirigió a toda prisa a su terapia de las ocho y media. Y seguían sonando cuando había llamado para saber qué tal iban las cosas, hacía poco rato. La buena noticia era que Beth le informó que Charlie Denton no podía llegar a su cita y que la había aplazado hasta las tres de la tarde. Aquello le daba un respiro y la oportunidad de tragarse un bocadillo, suponiendo que se lo trajeran en el curso de la próxima hora.

Se quitó los copos de nieve adheridos al abrigo, que luego colgó. Se frotó los brazos y miró a su alrededor. La planta baja de la casa era la sede de Winshore, y estaba decorada con maderas nobles y alfombras orientales. La primera planta, también destinada a despachos, era igual de elegante, con un toque más íntimo. Se dividía en una cómoda sala destinada a las entrevistas, y un salón grande y espacioso para las sesiones de fotografía y consultas de moda y estilismo.

La primera planta era un ambiente relajado y cómodo.

La planta baja era todo negocios y ajetreo.

En realidad, no era todo negocios. También había toques personales, como las fotos de la reciente boda de un cliente sobre el mostrador, una que otra escultura moderna sobre las mesas de trabajo y, gracias a Jill Shore, su socia y su mejor amiga, un conjunto de eclécticos adornos de Navidad adquiridos a lo largo de sus viajes. Entre estos objetos, un árbol de Navidad de dos metros y medio que casi llegaba al techo, una menorah labrada a mano que Jill había traído de Israel, y una decoración de la fiesta del Kwanzaa.

Morgan sonrió cuando pasó por el estrecho hueco que dejaba el árbol para llegar a la mesa de Beth.

—Nadie nos puede acusar de ignorar las fiestas.

—Eso es una verdad como una casa —dijo Beth, y se sopló una aguja de pino caída sobre su jersey rosado de cachemira—. Y Jill todavía no ha terminado. Me parece que ha dicho algo de poner unas campanas para conmemorar el solsticio de invierno y unos libros que explican sus antiguas raíces.

Morgan dejó pasear una mirada divertida por la sala, hasta detenerse en el rincón del hogar.

—La verdad es que tenemos un espacio vacío. Supongo que está destinado al tema del solsticio de invierno. —Hizo una mueca al oír otro fuerte gruñido del estómago—. ¿Sabes si Jonah llegará pronto? —preguntó, esperanzada.

Jonah Vaughn era el chico de los recados en Lenny's, la mejor tienda de comida kosher para llevar de toda Nueva York. Estaba situado en la calle Delancey y repartía sus succulentos bocadillos en toda la parte baja del East Side y en Brooklyn. Y aunque Winshore quedaba fuera de esa zona de entrega, Morgan y Jill tenían un punto a favor con el propietario. Lenny era el abuelo de Jill. Y ya que Morgan había crecido como un miembro más de la familia Shore, también era como un abuelo para ella.

Beth le enseñó los pulgares hacia arriba.

—Estás de suerte. Jonah llamó desde la furgoneta justo antes de que llegaras. Debería llegar en diez minutos.

—Gracias a Dios. Estoy a punto de desmayarme de hambre.

—Aguanta, que ya llegan los refuerzos. —Beth hizo girar la silla para apartarse del ordenador y se estiró. Era una joven de veintidós años, con una cara saludable y una mente ágil. Tenía un excelente trato con las personas y era licenciada en psicología por la Universidad de Northwestern. Morgan la había conocido en un seminario y no había dudado en contratarla. Después de seis meses de formación, estaba a punto de convertirse en una entrevistadora de primera.

—¿Hay algo urgente que deba saber? —Morgan cogió la lista de mensajes y empezó a revisarla.

—Hay un montón de nuevos contactos —le dijo Beth, y anotó unas cuantas cosas—. Por cierto, ¿cómo ha ido tu reunión en el Waldorf? Rachel Ogden es apenas un poco mayor que yo, pero por teléfono sonaba como una mujer de armas tomar.

—Y lo es. —Morgan le entregó a Beth los formularios de información que Rachel había rellenado, junto con las notas que ella misma había tomado durante la entrevista, todo listo para ser archivado en una carpeta de nuevo cliente—. Tiene veinticinco años y ya es toda una consultora en gestión de empresas. Hay unos

cuantos tíos en nuestra base de datos en los que he pensado. Empezando por Charlie Denton. Tiene más de cuarenta años, pero Rachel prefiere que sea así. Creo que engancharían perfectamente.

El teléfono volvió a sonar y Beth soltó un bufido.

—Se acabó el descanso. Seguro que se trata de otro cliente.

—En parte, el hecho de que estas llamadas no paren se debe a Elyse —dijo Morgan, sonriendo—. Aprovecha cada clase de aeróbic y de baile para hacer publicidad, y habla de Winshore junto a las bicicletas estáticas y las cintas andadoras. —Había un dejo de cariño en su voz cuando hablaba de Elyse Shore, la madre de Jill. Aquella mujer era un portento. Tenía un elegante gimnasio en la Tercera Avenida con la calle Ochenta y cinco este, donde la expresión «de boca a oído» adquiriría un sentido totalmente diferente.

Se abrió la puerta principal de la casa y entró Jill sacudiéndose la nieve del abrigo.

—Está cayendo con ganas. Ésa es la mala noticia. La buena noticia es que he visto el furgón de Jonah. Ha llegado la comida. Ya no aguantaba más. Tengo el estómago que ruge como en una película de terror.

Se quitó el abrigo con una sacudida de hombros y siguió hablando mientras se peinaba el pelo con los dedos para secárselo. Jill era una mujer más llamativa que bella, con su cabellera entre rubia y pelirroja, que contrastaba con sus ojos oscuros, y una boca ancha y sensual. Y cuando sonreía (algo que hacía a menudo), se le iluminaba toda la cara.

—Me alegro de que la carne de ternera marinada tenga poderes renovadores de la energía —le dijo a Morgan—. Mi tarde será más loca que mi mañana. Una reunión tras otra, con nuestro contable y luego con el diseñador de nuestro nuevo *software*. Primero ahorramos el dinero a la fuerza y luego lo gastamos a la fuerza. Hacia las seis, tendré el cerebro más que frito. —Con un gesto de la mano, descartó las preocupaciones—. No hay por qué afligirse. Pasaré a buscar la decoración del solsticio de invierno camino a casa. Acabaré de decorar el despacho mañana por la mañana. Ah, y esta noche ceno con mi madre. Revisaremos juntas los detalles de la fiesta.

Jill se frotó las manos para darse calor, con los ojos brillando mientras pensaba en la celebración de las fiestas que Winshore organizaba para sus clientes.

—Ni reconocerás el gimnasio de mamá cuando acabemos. Las luces, la música y la decoración. Y comida suficiente como para hundir un barco. Será fantástico. Antes de que se me olvide, papá me ha dejado un mensaje en el móvil. Volará esta noche desde Washington D.C. Así que resérvate un momento.

Al final, Jill calló para recuperar el aliento y Morgan volvió a preguntarse de dónde le venía a su amiga esa energía inagotable. Así era Jill, como un torbellino. Vivía la vida en toda su plenitud y, en ese vivir, siempre desplazaba las fronteras. Celebraba todo lo que el mundo le ofrecía, y si existía alguien que no la apreciara, Morgan no lo conocía. Jill era como una ráfaga de aire fresco proverbial, una hermana en todos los sentidos excepto el sanguíneo, y ella la adoraba.

—¿Morg? —Jill la miraba con un dejo de curiosidad y el ceño fruncido—. ¿Te encuentras bien?

—Bien. Sólo que tengo hambre.

Con una rápida mirada de soslayo, Jill comprobó que Beth hablaba por teléfono con un cliente. Luego se acercó y se llevó a Morgan a un lado. Bajó la voz para hablarle.

—No, no es que sólo tengas hambre. Estás agotada. No me extraña que papá esté preocupado por ti. Por lo demás, y en caso de que no te hayas dado cuenta, es por eso que viene directamente hacia aquí desde el aeropuerto. ¿Has vuelto a tener una mala noche?

—Las he tenido peores —dijo Morgan, encogiéndose de hombros—. Pero también las he tenido mejores. En estas fechas, es lo normal.

Jill frunció el ceño.

—Quizá debiera olvidarme del cuento de la decoración, al menos este año.

—Ni te atrevas. Tu espíritu de Navidad no tiene nada que ver con mis pesadillas. Si algo hace, es distraerme.

—En realidad, no. Estás hecha un trapo.

—Lo sé. —Morgan no intentó negarlo—. No sé por qué me ha venido tan fuerte este año. El doctor Bloom dice que es un círculo vicioso del subconsciente. Leer el diario de mi madre me hizo establecer una conexión más fuerte de lo normal con ella y con mi padre. Esa conexión me hizo buscar con mayor profundidad en sus diarios, lo cual trajo consigo más pesadillas.

—Sin embargo, las pesadillas ya eran más intensas de lo habitual, incluso antes de que encontraras los diarios de tu madre en esa caja con sus cosas. Hace semanas que no eres tú misma.

Morgan dejó escapar un suspiro y se masajó las sienes.

—Tengo una sensación rara, desagradable, y no sé por qué no me la puedo quitar de encima.

Antes de que Jill respondiera, sonó el timbre, seguido de unos golpes rítmicos en la puerta y un grito.

—¡La comida!

No fue necesario decirlo dos veces. Jill se acercó deprisa a la puerta y la abrió de un tirón.

—Hola, Jonah —saludó al adolescente que entró con su pedido.

—Hola. —Jonah era un chico alto y desgarbado; estaba medio oculto por su anorak largo y sus botas. Lo único que se veía de él era un mechón de pelo rubio y las nubecillas de aire que exhalaba. Sin embargo, los olores de la carne de la tienda que salían de la bolsa de papel marrón que tenía en las manos era la única identificación que necesitaba.

—Nos has salvado la vida. —Jill le quitó la bolsa y la abrió para hacerse una idea—. Carne de ternera marinada con mostaza y un refresco de cereza del Doctor Brown. ¡Bravo!

Jonah se echó hacia atrás la capucha y respondió al comentario de Jill con un movimiento de la cabeza.

—He oído esa misma exclamación unas diez veces en la última hora.

—Ya lo creo. —Jill buscó en su cartera, sacó un billete y se lo puso a Jonah en la mano enguantada—. Aquí tienes, para una pizza.

—Gracias. —El joven aceptó agradecido la propina—. Pero ya he comido. Me he servido dos trozos del budín de fideos de tu ma-



dre. —Del *kugel*, se corrigió, utilizando la palabra en yiddish que Lenny le había enseñado—. Al fin y al cabo, tengo que hacer honor a cierta reputación. Esto va a ir para mis ahorros —murmuró, al pensar en eso.

A pesar de ser galés, Jonah devoraba el kugel de Rhoda desde que tenía edad suficiente para tomar el metro e ir solo hasta lo de Lenny. Todos le hacían bromas a propósito de eso, pero gracias a esa adicción había conseguido su empleo de repartidor. Lenny lo había contratado enseguida, le había ofrecido un salario decente y raciones ilimitadas de kugel, a la vez que le ponía el afectuoso mote de «El niño kosher».

Sin embargo, la mayor ventaja de su trabajo era que Lenny le había presentado a Lane. Trabajar para un fotógrafo con las habilidades y la fama de Lane era la oportunidad de una vida.

—Ah —adivinó Morgan—, otra donación para el fondo destinado a tu cámara.

—Sí —asintió Jonah, con un brillo de ilusión en la mirada, y su voz monótona habitual cobró nueva vida. Jonah era un chico tranquilo, y un poco torpe. Sin embargo, era un as de la informática. En cuanto a la fotografía, Morgan sabía que ésa era su pasión, así como lo era esa nueva experiencia de aprendiz. Si cualquiera de esos dos temas salía en la conversación, Jonah se encendía como ese árbol de Navidad de casi tres metros de Jill.

—He visto una cámara en eBay que no está mal —anunció—. Una Canon Digital Rebel XTi. Tiene de todo, incluso un fotómetro que se limpia solo... En fin, si todavía está en venta cuando Lenny me pague el viernes, voy a pujar por ella.

Jill abarcó los tres ordenadores con un gesto de la mano.

—Si necesitas dinero extra este mes, a nuestro sistema le iría bien ponerlo al día en cuestión de programas y hacerle una revisión de mantenimiento. ¿Qué te parece?

—Claro —dijo Jonah, y se rascó la cabeza—. Tengo quince días de vacaciones a partir de la próxima semana. Podría venir aquí un par de días.

—Estupendo.

Jill y Jonah empezaron a hablar en jerga informática y Morgan aprovechó la oportunidad para sacar su bocadillo de la bolsa marrón y dirigirse a la cocina.

Casi había llegado cuando el timbre de la puerta volvió a sonar. Miró por encima del hombro y alcanzó a ver a Jonah abriéndola. Entró un hombre alto con un abrigo de lana. Tenía la cara cubierta por el cuello del abrigo, el pelo negro y un semblante serio.

El hombre plegó el cuello del abrigo y se lo desabrochó. Había algo decididamente familiar en él, lo cual significaba que debía ser un cliente. Y eso quería decir que ya podía ir despidiéndose de su bocadillo de pastrami.

—Hola, Jonah —saludó al chico—. ¿Repartiendo comida?

—Sí. —Quien quiera que fuera aquel tipo, Jonah pareció sorprendido de verlo ahí—. Me quedan un par de bocadillos. ¿Quiere uno?

—No, ya he comido. Pero, gracias.— La mirada del hombre fue de Jonah a Jill—. Busco a Morgan Winter. ¿Está aquí?

—¿Tiene usted una cita? —le preguntó Jill, con su tono de voz amistoso pero distante con que decía que en Winshore no se entra-  
ba sin una cita previa.

—No, pero es importante que la vea. ¿Está aquí?

Su voz... Morgan lo reconoció. Y no pertenecía a un cliente ni a un tipo de la calle.

Era un doloroso recuerdo del pasado.

—Lo miraré —dijo Jill, cauta. Era evidente que se había dado cuenta de su tono de urgencia—. ¿Le importaría decirme su nombre?

Morgan ya volvía sobre sus pasos cuando él contestó.

—Sí. Dígale que soy Pete Montgomery.